

LOS HIJOS DE LA TIERRA®

Jean M.  
**AUEL**



El clan del oso  
cavernario

MAEVA  
RED

Para RAY

*mi crítico más exigente,  
...mi mejor amigo.*

# LOS HIJOS DE LA TIERRA®

## EUROPA PREHISTÓRICA DURANTE LA ERA GLACIAL

Extensión de hielo y alteraciones producidas en las márgenes costeras en los 10.000 años interestadiales, una ola de calor durante la glaciación de Wurm, del final del Pleistoceno, que se extendió de los 35.000 a los 25.000 años anteriores a la época actual.



**EL CLAN DEL OSO  
CAVERNARIO**

Cazadores  
de mamuts

Caverna

Reunión de los clanes

Mapa diseñado por Rafael Palacios, según Auel





# 1

**L**a niña desnuda salió corriendo del cobertizo de cuero hacia la playa rocosa, en el recodo del riachuelo. No se le ocurrió volver la vista atrás. Nada le hacía dudar de que el refugio y los que estaban dentro seguirían allí cuando regresara.

Se tiró al río chapoteando y, al alejarse de la orilla, que se hundía rápidamente, sintió cómo la arena y los guijarros se escapaban bajo sus pies. Se zambulló en el agua fría y salió de nuevo, escupiendo, antes de dar unas brazadas firmes para alcanzar la orilla opuesta. Había aprendido a nadar antes que a andar, y a los cinco años se encontraba a gusto en el agua. En muchas ocasiones, la única manera en que se podía cruzar un río era nadando.

Jugó un buen rato, nadando de un lado para otro, y después dejó que la corriente la arrastrara río abajo; cuando este se ensanchó y empezó a borbotear sobre las piedras, se puso en pie y regresó a la orilla, donde se dedicó a coger piedrecillas. Acababa de colocar una en la cima de un montón formado por algunas especialmente bonitas cuando la tierra empezó a temblar.

Vio sorprendida que la piedrecita rodaba sin control, y observó con espanto cómo las que formaban la pequeña pirámide temblaban y volvían al suelo. Solo entonces se dio cuenta de que también ella se sacudía, pero estaba más sorprendida que atemorizada. Lanzó una mirada alrededor tratando de comprender por qué su universo se había alterado de aquella manera. Se suponía que la tierra no debía moverse.

El riachuelo, que momentos antes corría suavemente, se había vuelto turbulento, con olas agitadas que salpicaban las orillas mientras su lecho se alzaba contra la corriente, sacando lodo del fondo. Los matorrales que crecían río arriba se estremecían,

animados por un movimiento invisible de sus raíces, y río abajo las rocas oscilaban, presas de una agitación insólita. Más allá, las grandes coníferas del bosque por el que pasaba el río se inclinaban de manera grotesca. Un pino gigantesco pegado a la orilla, con las raíces al aire y debilitado por la corriente, se inclinó hacia la orilla opuesta; con un crujido se desplomó por encima de las aguas turbias y se quedó temblando sobre la tierra inestable.

La pequeña dio un brinco al oír la caída del árbol; el estómago se le revolvió y se le hizo un nudo cuando el terror la invadió. Trató de ponerse en pie, pero cayó de espaldas al perder el equilibrio debido al horrible balanceo. Lo intentó de nuevo, consiguió enderezarse y se quedó en pie, insegura, sin atreverse a dar un paso.

Al encaminarse hacia el cobertizo de cuero, un poco apartado del río, sintió un rumor sordo que se convirtió en un rugido aterrador; un olor repugnante a humedad surgió de una grieta que se abría en el suelo, como si fuera el aliento fétido que exhala por la mañana la tierra al bostezar. Sin comprender lo que estaba ocurriendo, miró la tierra, las piedras y los árboles que caían en la brecha, que seguía abriéndose mientras la corteza fría del planeta en fusión se resquebrajaba con cada convulsión.

El cobertizo, encaramado en la orilla más lejana del abismo, se inclinó cuando la mitad de la tierra firme que tenía debajo desapareció; el poste que lo sostenía se balanceó indeciso antes de desplomarse y desaparecer en el profundo orificio, llevándose la cubierta de cuero y todo su contenido. La niña tembló, horrorizada y con los ojos como platos, mientras las apestosas fauces abiertas se tragaban todo lo que había dado sentido y seguridad a sus pocos años de vida.

—¡Madre! ¡Madreee! —gritó cuando empezó a darse cuenta de lo que estaba sucediendo.

No sabía si el grito que resonaba en sus oídos era el suyo, en medio del ruido ensordecedor de las rocas que se resquebrajaban. Se acercó gateando a la grieta, pero la tierra se elevó y la derribó. Se aferró al suelo, que no dejaba de moverse. Entonces la brecha se cerró, el rugido cesó y la tierra agitada se calmó. La que no logró calmarse fue la niña. Tendida bocabajo sobre la tierra blanda y húmeda, temblaba dominada por el miedo; tenía razones de sobra para estar asustada.

Se encontraba sola en medio de un desierto de estepas y bosques dispersos. Al norte, los glaciares cubrían el continente, llenándolo todo con su frío helador. Un gran número de animales herbívoros, y los carnívoros que se alimentaban de ellos, recorrían las vastas praderas, pero no había nadie más. No tenía adónde ir ni nadie que pudiera ocuparse de ella. Estaba sola.

El suelo volvió a estremecerse y la niña oyó una especie de rugido sordo que provenía de las profundidades, como si la tierra estuviera haciendo la digestión después de haber comido a toda prisa. Dio un salto, presa del pánico, aterrada ante la idea de que pudiera abrirse de nuevo. Miró hacia el lugar donde había estado el cobertizo: lo único que quedaba era tierra descarnada y arbustos arrancados del suelo. Sin parar de llorar, corrió otra vez hacia el riachuelo y se dejó caer hecha un ovillo junto a la corriente embarrada.

Pero las orillas del riachuelo no proporcionaban refugio contra el convulso planeta. Otra sacudida, esa vez más intensa, movió el suelo. La niña se quedó mirando asombrada la salpicadura de agua fría sobre su pequeño cuerpo desnudo. El pánico volvió a apoderarse de ella, obligándola a incorporarse. Tenía que alejarse de aquel territorio espantoso que amenazaba con devorarla, pero ¿adónde podía ir?

No había otro lugar donde pudieran brotar semillas sobre la playa rocosa, ni tampoco otro tipo de vegetación; sin embargo, las orillas de la parte superior del río estaban cubiertas de hojas nuevas. Algo en su interior le decía que debía permanecer cerca del agua, pero las zarzas enmarañadas parecían impenetrables. A través de sus ojos llenos de lágrimas, que le impedían ver bien, miró hacia el otro lado, hacia la selva de altas coníferas.

Pequeños rayos de sol se filtraban entre las ramas tupidas de los árboles que se apretujaban cerca del río. La selva carecía casi por completo de maleza, y la mayoría de los árboles ya no estaban en pie. Unos cuantos habían caído sobre la tierra, otros más se inclinaban en ángulos estrambóticos, sostenidos por otros que todavía estaban firmemente anclados. Más allá del revoltijo de árboles, la selva boreal era oscura y no resultaba más atractiva que la maleza río arriba. No sabía hacia dónde ir; miró primero a un lado y después a otro, indecisa.

Un temblor bajo sus pies mientras miraba río abajo hizo que se pusiera en marcha. Dirigió una última mirada anhelante hacia

el paisaje vacío, con la esperanza infantil de que el cobertizo siguiera allí, luego echó a correr hacia los bosques.

ACOMPAÑADA POR ALGÚN que otro gruñido sordo mientras la tierra se asentaba, siguió el curso de la corriente. En su prisa por alejarse, se detenía solo para beber. Las coníferas que habían sucumbido a las sacudidas yacían postradas sobre el suelo. La niña evitaba los cráteres abiertos por los cepellones circulares de raíces cortas que aún tenían tierra y grava pegadas a las partes que antes estaban ocultas.

Al atardecer, comenzó a ver menos evidencias de la catástrofe. Veía menos árboles arrancados y menos rocas desplazadas, y el agua estaba más clara. Se detuvo cuando ya no pudo ver por dónde andaba y se dejó caer, agotada, sobre la tierra del bosque. El ejercicio la había ayudado a conservar el calor mientras había estado en movimiento, pero comenzó a tiritar bajo los efectos del aire frío de la noche. Se sumió en la espesa alfombra de agujas caídas de los árboles, se hizo un ovillo y se cubrió con puñados de ellas.

A pesar del cansancio, todavía estaba tan asustada que no logró conciliar el sueño. Mientras había estado ocupada en sortear obstáculos para seguir el curso del río, había conseguido apartar de su mente el temor que ahora la mantenía despierta. Estaba tendida, totalmente inmóvil, con los ojos muy abiertos, observando cómo la oscuridad se hacía más densa a su alrededor. Temía moverse, casi ni se atrevía a respirar.

Nunca se había encontrado sola de noche; siempre había tenido cerca una hoguera para mantener a raya la oscuridad. No pudo controlarse más y dio rienda suelta a las lágrimas para poder desahogarse. Su cuerpo se sacudió al ritmo de los sollozos y el hipo, entonces logró tranquilizarse y quedarse dormida. Un animalillo nocturno la olfateó con amable curiosidad sin que ella se diera cuenta.

Se despertó gritando.

El planeta seguía inquieto. Rugidos lejanos que resonaban en las profundidades la devolvieron a la realidad después de tener una espantosa pesadilla. Se puso en pie con la intención de echar a correr, pero no lograba ver nada, aunque tuviera los ojos abiertos. Al principio no pudo recordar dónde se encontraba. Su corazón



palpitaba con fuerza: ¿por qué no podía ver? ¿Dónde estaban los brazos amorosos que siempre habían estado cerca para reconfortarla cuando se despertaba de noche? Poco a poco fue consciente de su terrible situación y, tiritando de frío y de miedo, volvió a hacerse un ovillo y a acurrucarse en el suelo cubierto de agujas. Los primeros pálidos rayos del alba la encontraron dormida.

La luz del día llegó lentamente a las profundidades de la selva. Cuando la niña despertó, ya había avanzado la mañana, pero bajo la espesa sombra de los árboles resultaba difícil advertirlo. Se había alejado del río la noche anterior cuando la luz empezó a menguar. Un amago de pánico amenazó con apoderarse de ella cuando miró a su alrededor y solo vio árboles.

La sed la ayudó a reconocer el sonido del agua. Lo siguió y sintió un gran alivio al ver de nuevo el riachuelo. No estaba menos perdida junto al río que dentro de la selva, pero se sentía mejor al tener algo que seguir; podría calmar su sed mientras estuviera cerca de él. El día anterior había sentido la satisfacción de tener agua fresca, pero no le servía de mucho para aplacar el hambre. Sabía que había raíces y vegetales que se podían comer, pero no sabía cuáles eran comestibles. La primera hoja que probó era amarga y le irritó la boca; la escupió y se enjuagó para quitarse el mal sabor. Fue más precavida a la hora de probar otras. Bebió más agua para facilitar la digestión y volvió a seguir la orilla río abajo. Los bosques profundos la aterrorizaban, así que se mantuvo cerca del río mientras brilló el sol. Al caer la noche, hizo un hoyo en las agujas que cubrían el suelo y se acurrucó de nuevo entre ellas para dormir.

Su segunda noche de soledad no fue mejor que la primera. Además del hambre, un terror helado le contraía el estómago; nunca había sentido nada parecido, ni tanta hambre: nunca había estado tan sola. La sensación de estar perdida era tan dolorosa que empezó a bloquear el recuerdo del terremoto y de su vida anterior. Como pensar en el futuro la ponía al borde del pánico, luchó por apartar también esos temores de su mente. No quería pensar en lo que podía suceder ni en quién iba a cuidar de ella.

Vivía solo el momento presente, salvando el siguiente obstáculo, cruzando el siguiente afluente, trepando por encima del siguiente tronco caído. Seguir el río se convirtió en un fin en sí mismo, no porque la fuera a llevar a alguna parte, sino porque era

lo único que le proporcionaba alguna orientación, algún propósito, algún motivo para seguir adelante. Era mejor que no hacer nada.

Al cabo de cierto tiempo, el vacío que notaba en el estómago se convirtió en un dolor sordo que le nublabla la mente. Lloraba de vez en cuando mientras seguía avanzando con esfuerzo y las lágrimas le pintaban chorretes blancos en el rostro sucio. Su pequeño cuerpo desnudo estaba cubierto de tierra, y los cabellos, que habían sido casi blancos y tan finos y suaves como la seda, estaban pegados a su cabeza en una maraña de agujas de pino, ramitas y barro.

El viaje se complicó cuando a los árboles siempre verdes los sustituyó una vegetación menos espesa, y cuando el suelo cubierto de agujas dio paso a matorrales, hierbas y pastos, que cubrían el suelo debajo de árboles de hoja más pequeña. Cuando llovía, se acurrucaba bajo un tronco caído, se cobijaba bajo una roca grande o bajo las ramas de un árbol, o simplemente dejaba que la lluvia la empapara mientras seguía avanzando con paso lento por el barro. De noche amontonaba hojas secas caídas la estación anterior y se enterraba en ellas para dormir.

Beber agua en abundancia impidió que la deshidratación derivara en hipotermia, pero se estaba debilitando. Estaba más que hambrienta; notaba un dolor sordo y constante y una sensación de mareo. Trataba de no pensar en ello ni en otra cosa que no fuera el río; seguir el río.

LA LUZ DEL SOL, al penetrar en su nido de hojas, la despertó. Salió del cómodo cobijo entibiado por el calor de su cuerpo y se dirigió al río para beber agua, con hojas secas todavía pegadas a la piel. El cielo azul y el sol brillante eran un consuelo después de la lluvia del día anterior. A los pocos pasos, la orilla del río que ella seguía comenzó a subir gradualmente. Cuando decidió tomar otro trago, vio que una pendiente abrupta la separaba del agua. Empezó a descender con cuidado, pero perdió el equilibrio y cayó rodando hasta abajo.

Se quedó tendida, dolorida y magullada, en el barro junto al agua, demasiado cansada, débil e infeliz para moverse. Gruesos lagrimones le recorrían el rostro y lanzó al aire tristes lamentos. Nadie la oyó. Sus gritos se convirtieron en plañidos pidiendo que

alguien viniera a ayudarla. Nadie acudió. Los sollozos le sacudían los hombros mientras lloraba desesperanzada. No quería ponerse en pie, no quería seguir adelante, pero ¿qué otra cosa podía hacer? ¿Quedarse allí llorando en el barro? Cuando estuvo más calmada, se quedó tendida junto al agua. Al sentir que una raíz se le incrustaba en el costado y que la boca le sabía a lodo, se sentó. Luego se puso en pie con esfuerzo y fue a beber un poco de agua del río. Reanudó la marcha, retirando obstinadamente las ramas que le obstruían el paso, trepando por troncos caídos y cubiertos de musgo y chapoteando en la orilla del río.

La corriente, que había crecido debido a las inundaciones de principios de primavera, había aumentado hasta más del doble de su caudal gracias a los afluentes. Oyó un rumor lejano mucho antes de ver la cascada que caía desde la alta ribera, en la confluencia de un río grande con el más pequeño, un río que iba a doblar nuevamente su caudal. Más allá de la cascada, las corrientes rápidas de los dos ríos hervían sobre las piedras mientras corrían hacia las llanuras cubiertas de hierba de la estepa.

La catarata saltaba desde lo alto como una amplia cortina de agua blanca para acabar estrellándose contra una poza espumosa que se había formado en la base de la roca. Allí donde se unían los dos ríos, el agua se condensaba en pequeñas partículas y se creaban remolinos. En algún momento de un pasado lejano, el río había labrado profundamente el farallón de piedra detrás de la cascada, de manera que el saliente desde el cual se precipitaba el agua sobresalía del muro y quedaba un espacio hueco.

La pequeña se acercó, miró cuidadosamente el túnel húmedo y después echó a andar por detrás de la movediza cortina de agua. Se pegaba a la roca mojada para mantener el equilibrio y evitar que la continua caída del agua la aturdiera. El rugido era ensordecedor y rebotaba contra la pared de piedra detrás del tumultuoso caudal. Alzó la vista con temor y angustia, consciente de que el río quedaba por encima de las rocas que chorreaban por encima de su cabeza. Avanzó poco a poco y con cautela. Casi había llegado al otro lado cuando se terminó el pasaje, que se había ido estrechando hasta convertirse otra vez en una muralla escarpada. El corte en el farallón no llegaba hasta el otro lado, así que tuvo que dar media vuelta y volver sobre sus pasos. Cuando llegó al punto de partida, miró el torrente que surgía por encima del borde y meneó la cabeza: no había otro camino.

El agua estaba fría cuando empezó a vadear el río, y las corrientes eran fuertes. Nadó hasta el medio, dejó que la fuerza del agua la arrastrara bordeando las cataratas y después se volvió hacia la orilla del ancho río que se había formado más abajo. Se cansó de nadar, pero ahora estaba más limpia de lo que lo había estado en los últimos días, aunque el cabello seguía enredado y enmarañado. Volvió a andar sintiéndose fresca, pero no por mucho tiempo.

El día era más caluroso de lo acostumbrado para fines de primavera, y cuando los árboles y la maleza dejaron paso a la pradera abierta, la calidez del sol resultó agradable. Pero a medida que la ardiente bola ascendía, sus rayos se ensañaron con las pocas reservas que le quedaban. Por la tarde iba tambaleándose a lo largo de una estrecha franja de arena entre el río y un farallón escarpado. El agua chispeante reflejaba el sol brillante, mientras la arenisca casi blanca devolvía luz y calor, sumándose al fulgor deslumbrante.

Al otro lado del río y más allá se extendían hasta el horizonte pequeñas flores blancas, amarillas y púrpuras, que armonizaban con el reluciente y fresco verdor de la hierba a medio crecer, con una vida nueva. Pero ella no se fijaba en la efímera belleza primaveral de la estepa: la debilidad y el hambre la hacían delirar y empezó a tener alucinaciones.

—Dije que tendría cuidado, madre. Solo nadé un poco, pero ¿adónde te has ido? —murmuraba—. Madre, ¿cuándo vamos a comer? Tengo mucha hambre y hace mucho calor. ¿Por qué no viniste cuando te llamé? Llamé y llamé, pero tú no viniste. ¿Dónde estabas? ¿Madre? ¡Madre! ¡No te vayas de nuevo! ¡Quédate aquí! ¡Madre, espérame! ¡No me dejes!

Se encaminó hacia donde había visto el espejismo cuando ya la visión se desvanecía, siguiendo la base del farallón, pero este se alejaba de la orilla del agua, apartándose del río. La niña estaba alejándose de su fuente de agua. Corriendo a ciegas, se golpeó el dedo gordo del pie con una piedra y cayó, lo que la obligó a volver a la realidad. Se sentó frotándose el dedo y tratando de ordenar sus pensamientos.

La muralla dentada de piedra arenisca estaba perforada de oscuros accesos a cuevas, y marcada por estrechas grietas y hendiduras. La dilatación y la contracción provocadas por cambios

extremos en la temperatura, desde un calor agobiante hasta un frío por debajo de cero, habían fracturado la roca blanda. La niña echó una ojeada a un orificio que había cerca del suelo, en el muro junto a ella, pero la insignificante gruta no le causó la menor impresión.

Mucho más impresionante era la manada de uros que pastaba la jugosa hierba nueva que crecía entre el farallón y el río. En su ciega precipitación por perseguir un espejismo, la pequeña no se había fijado en los enormes animales salvajes, de un castaño rojizo y casi dos metros de altura en la cruz, con inmensos cuernos curvos. Cuando se dio cuenta, un temor repentino la inundó por completo. Retrocedió pegándose a la muralla rocosa, sin apartar la vista de un corpulento toro que había dejado de pacer para observarla; entonces se dio media vuelta y echó a correr.

Miró hacia atrás por encima del hombro, contuvo la respiración al vislumbrar una súbita mancha en movimiento y se paró en seco. Una enorme leona, dos veces mayor que cualquier felino de los que poblaban las sabanas mucho más al sur, había estado rondando la manada. La niña ahogó un grito al ver que la monstruosa gata se arrojaba sobre una vaca salvaje.

En un remolino de colmillos descubiertos y zarpas salvajes, la gigantesca leona derribó al enorme uro. En medio de un crujido de potentes mandíbulas, el mugido aterrado del uro dejó de oírse en cuanto el imponente carnívoro le abrió la garganta. Un chorro de sangre mojó el hocico de la cazadora y manchó de rojo su piel castaña oscura. Las patas del uro se agitaban en breves espasmos todavía cuando la leona le abría el estómago y le arrancaba un bocado de carne roja y caliente.

Un terror absoluto se adueñó de la niña: echó a correr dominada por el pánico mientras otro de los grandes gatos la observaba con atención. La niña había penetrado sin saberlo en el territorio de los leones cavernarios. Normalmente, los grandes felinos habrían despreciado a una criatura tan pequeña como un humano de cinco años, pues escogían sus presas entre los robustos uros, los descomunales bisontes o los gigantescos ciervos para satisfacer las necesidades de la flor y nata de los hambrientos leones cavernarios. Pero la niña que huía se estaba acercando demasiado a la cueva que alojaba a un par de cachorros recién nacidos.

El león de melena desgreñada, que había quedado al cuidado de las crías mientras la leona cazaba, lanzó un rugido de advertencia. La niña levantó la cabeza y se quedó sin respiración al ver al gigantesco gato agazapado sobre un saliente, preparándose para saltar. Gritó, se detuvo, resbaló, se cayó, se arañó la pierna con la grava suelta que había junto a la pared y gateó para darse la vuelta. Llena de un temor todavía mayor, volvió corriendo por donde había venido.

El felino cavernario brincó con una gracia lánguida, confiando en su habilidad para atrapar a la pequeña intrusa que se atrevía a profanar la santidad de la cueva-guardería. No tenía prisa —ella se movía despacio en relación con su fluida velocidad— y se sentía animado para jugar al ratón y al gato.

Llena de pánico, solo su instinto guio a la niña hacia un pequeño orificio junto al suelo en la fachada del farallón. Le dolía el costado y apenas podía respirar, pero se escurrió por un pequeño agujero lo bastante grande para ella. Era una cueva minúscula, poco profunda, apenas una hendidura. Se revolvió en el reducido espacio hasta encontrarse de rodillas con la espalda pegada a la pared, tratando de fundirse con la roca sólida que tenía detrás.

El león cavernario rugió su frustración al llegar al agujero y ver que su presa se le escapaba. La niña tembló al oír el rugido y se quedó mirando con horror hipnótico cómo la fiera tendía la pata y estiraba las garras curvas dentro del orificio. Incapaz de alejarse, vio cómo se le acercaba la garra y gritó de dolor al sentir que se le hundía en el muslo izquierdo, arañándolo con cuatro profundos arañazos paralelos.

La niña se revolvió para ponerse fuera de su alcance y encontró una ligera depresión en la oscura muralla a su izquierda. Recogió las piernas, se aplastó como pudo y contuvo la respiración. La garra volvió a introducirse poco a poco en el pequeño orificio tapando casi por completo la escasa luz que penetraba en el nicho, pero esa vez no encontró nada. El león cavernario rugió y siguió rugiendo mientras daba vueltas frente al orificio.

LA NIÑA PASÓ el día entero en la estrecha cueva, también la noche y la mayor parte del día siguiente. La pierna se le hinchó y la herida infectada le producía un dolor horrible, además de que el

reducido espacio de la cueva de paredes ásperas no le permitía moverse ni estirarse. Estuvo delirando de hambre y dolor la mayor parte del tiempo, tuvo espantosas pesadillas de terremotos, garras agudas y un temor angustioso y solitario. Pero no fue ni su herida ni el hambre, ni siquiera su dolorosa insolación, lo que la sacó finalmente de su refugio. Fue la sed.

La pequeña miró con temor por el pequeño orificio. Dispersos bosqucillos de sauces y pinos castigados por el viento proyectaban largas sombras al principio de la tarde. La niña estuvo mirando un buen rato el trozo de tierra cubierto de hierba y el agua chispeante más allá, antes de llenarse de valor para salir; se lamió los agrietados labios con la lengua seca mientras examinaba el terreno. Solo se movía la hierba agitada por el viento. La manada de leones se había esfumado; la leona, preocupada por sus pequeños y molesta por el olor extraño de la criatura desconocida que estaba tan cerca de su cueva, decidió buscar otra guarida para sus hijos.

La niña salió del agujero y se puso en pie. La cabeza le golpeaba por dentro y veía manchas que bailaban vertiginosas frente a sus ojos. Oleadas de dolor la envolvían a cada paso y sus heridas comenzaron a supurar un líquido verde-amarillo que chorreaba a lo largo de su pierna hinchada.

No estaba segura de poder llegar hasta el agua, pero su sed era insoportable. Cayó de rodillas y se arrastró los últimos pasos, gateando; después se tendió bocabajo y bebió con voracidad grandes tragos de agua fría. Cuando por fin calmó su sed, intentó incorporarse de nuevo, pero había llegado al límite de su resistencia. Por delante de sus ojos seguían pasando manchas, la cabeza le daba vueltas y todo se oscureció antes de desplomarse sobre el suelo.

Un ave de rapiña, que hacía círculos perezosos allá arriba, localizó la forma inmóvil y fue descendiendo para verla más de cerca.